

CONDE SOLDEVILLA, M^a Concepción, *Contribución al estudio del léxico agrícola riojano*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 1994, 205 pp. (ISBN: 84-87252-38-9)

Tradicionalmente La Rioja, región castellanizada desde antiguo, ha sido abordada lingüísticamente desde las características dialectales que aportan las regiones vecinas, lo que ha producido un vacío en el estudio de los rasgos autóctonos. Por otra parte, los trabajos existentes han sido hechos mayoritariamente de forma conjunta con Aragón y Navarra, regiones estas que, según la autora, ofrecen una riqueza lingüística superior, en el caso de Aragón, y un interés suscitado por la situación de dos lenguas en contacto en Navarra, lo cual ha producido una desproporción entre éstos y los dedicados a La Rioja.

La obra de Conde Soldevilla se encuadra en la línea española de investigación dialectológica impulsada por M. Alvar y llevada a cabo, entre otros, por J. Fernández Sevilla, *Formas y estructuras en el léxico agrícola andaluz*, Madrid, 1986; R. M^a Castañer, *Forma y estructura del léxico del riego en Aragón, Navarra y Rioja*, Zaragoza, 1983; y *Estudio del léxico de la casa en Aragón, Navarra y Rioja*, Zaragoza, 1990; A. Basanta Romero-Valdespino, *Léxico rural de Navarra. Análisis de 60 mapas del ALEANR*, Madrid, 1988. El denominador común de estas obras es la aproximación al estudio geográfico-lingüístico mediante el análisis de los materiales recogidos en los Atlas. Éste es también el objetivo que se plantea la autora del trabajo que reseñamos: interpretar los datos ofrecidos por los mapas de los volúmenes I y II del ALEANR, correspondientes a los campos semánticos del campo y los cultivos: trigo y maíz por una parte, vid y vinificación por otra, centrándose únicamente en los datos referentes a La Rioja, una comunidad eminentemente agrícola.

El corpus léxico, precedido por una Introducción en la que se sitúa histórica y geográficamente a La Rioja y en la que se expone el método de trabajo, estudia las respuestas a un total de 136 conceptos agrupados en los tres grandes campos semánticos citados y extraídos de 111 mapas. La pormenorización del estudio, que aborda aspectos fonéticos, semánticos y léxicos, permite a la autora, a la hora de establecer las conclusiones, caracterizar a La Rioja como una región configurada, desde el punto de vista léxico, por tres áreas principales: «la oriental, continuadora de las peculiaridades navarras y aragonesas; la

occidental, vinculada con Castilla, y entre ambas, una ancha franja en la que las influencias de una y otra zona se entrecruzan» (178).

El estudio de cada uno de los términos comienza con una explicación –en algunos casos definición– de la realidad designada, ya sea ésta una labor del campo, una herramienta o utensilio, un tipo de tierra, o bien alguna parte de los cereales o de la vid. Se ofrecen las distintas denominaciones que la voz recibe en los puntos encuestados, indicando si el Diccionario académico incluye el término con esa u otra acepción. Para las cuestiones etimológicas, la autora se ha servido principalmente del *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico* de Corominas, y en los casos en los que lo ha creído conveniente, ha recurrido a otros diccionarios, vocabularios y diversos estudios, que le han permitido exponer su etimología.

Como ya se ha mencionado, los aspectos fonéticos y semánticos también son tratados con minuciosidad. En el primer caso, la autora señala las variantes fonéticas existentes: *azadilla*, *azailla*; *abalear*, *abaleal*, *abariar*, *balear*; etc. En cuanto a la semántica, indica las voces que sufren una especialización; tal es el caso de *tirar*, *sembrar*, *sementar*, *simenzar*, ‘sembrar a voleo’. También se puede producir una modificación del significado, bien por ampliación, *uva*, ‘fruto de la vid’, pasa a ser ‘racimo’; o por restricción, ‘racimo’ es solamente una porción del mismo.

Con respecto a las respuestas, la autora hace notar su ausencia en algunos puntos, la extensión de las mismas a zonas limítrofes o el hecho de haber recibido como tal un verbo o una perífrasis cuando cabría esperar un sustantivo o adjetivo. Tal es el caso de *ya nace*, *ya apunta*, *apunta*, *apuntar*, por *lleta*, *punta* o *tallo*.

En la Introducción, Conde justifica la exclusión en su trabajo de los mapas dedicados a determinadas herramientas, alegando que, dado su carácter etnolingüístico, ofrecen «una importancia más relativa». No obstante, considerando que en los diversos apartados de El Campo, Los Cereales y La Vid sí ha dedicado una atención especial a útiles y herramientas, parece que el análisis de dichas láminas de contenido etnolingüístico hubiera podido tener cabida en esta obra, máxime si se tiene en cuenta –tal y como la propia Conde indica en la Introducción– que «la aceptación de la concepción de las ‘palabras y cosas’ por parte de la geografía lingüística hace que la información propiamente lin-

güística aparezca acompañada en numerosas ocasiones por la de carácter etnográfico» (14).

El capítulo dedicado a las *Conclusiones* encabeza la última parte de la obra. Con innegable acierto, la autora revisa los aspectos semánticos, fonéticos y dialectales que unifican el léxico rural riojano, lo que le permite establecer diferentes áreas léxicas. Respecto a la semántica, recoge los diversos desplazamientos que sufren las palabras: restricción en aquellas cuyo significado es general, *cerrar* ‘taponar’; actualización de conceptos distanciados de aquél que es considerado como definidor del lexema (justificado normalmente por una comparación metafórica): *pelo* ‘flor del maíz’, *pez* ‘montón alargado de trigo’; desplazamiento de una misma voz motivada por una contigüidad de sentidos: *hortaliza* ‘regadío’; o formación de un término producido por el lugar en el que se ubica el elemento designado: *cogota* ‘flor del maíz’.

En cuanto a los aspectos fonéticos, Conde Soldevilla indica una serie de modificaciones en las palabras, que muestran una actualización lingüística popular. La pérdida de la consonante sonora intervocálica, especialmente la -d-: *brazao*; la confusión entre los prefijos esdes- con preferencia por el primero de ellos: *esbarrigarse*, *esparrar*; la neutralización de -r/-l en posición implosiva en los infinitivos: *robal*, *ponel*; la aparición del fenómeno de etimología popular: *morena* ‘morona’, son, entre otros, rasgos difundidos en todo el ámbito hispánico y también entre los informantes riojanos encuestados.

No olvida tampoco la autora los aspectos dialectales característicos de La Rioja. Compuestos y derivados de vocablos propios de la lengua general, como *erada* o *robatierra*, cuyo uso no está muy extendido en la región, o vocablos como *capota* ‘farfolla’ o *vinaza* ‘orujo’ –éstos sí, propiamente riojanos–, contribuyen a definir lingüísticamente este área. Señala también la existencia de palabras navarras, aragonesas o navarro-aragonesas, algunas de las cuales conservan un significado propio en estas regiones limítrofes, con el que se introducen en La Rioja, y diferente del que tienen en la lengua general, como sucede con *faja* o *rozar*. Otras, sin embargo, modifican su significado; tal es el caso de *testavín* y *acutrar*. La coincidencia en las denominaciones se extiende en ocasiones a Álava: *porreta* ‘lleta’; Burgos: *alzar* ‘barbechar’ y Soria: *cosera* ‘mojón’.

Finalmente, la precisión del estudio llevado a cabo por Conde Soldevilla, le permite establecer una delimitación de las diversas áreas léxicas riojanas, como ya hemos comentado en líneas anteriores. No obstante, la variedad que caracteriza al léxico agrícola y el cruce de isoglosas provocado por la extensión de las palabras, hacen que ésta no sea una tarea fácil.

En resumen, se trata de una obra que, tal y como la autora se había propuesto, viene a llenar con brillantez ese vacío existente en la bibliografía lingüística riojana –al menos en lo que a léxico agrícola se refiere–. Esperemos que, siguiendo las palabras de G. Salvador, para quien «un atlas no es más que una colección de materiales para el estudio», este trabajo se convierta en uno de muchos otros que analicen lingüísticamente esta región.

Carolina Matellanes Marcos

ESTEBAN, Ángel, *José Martí, el alma alerta*, Granada, Comares, 1995, 255 pp. (ISBN: 84-8151-231-1)

Dos partes fundamentales tiene este libro. En la primera, el autor, reconocido especialista en la obra de Martí, se ha fijado más en la vinculación del escritor cubano con el modernismo. Después de una amplia y documentada revisión de lo que representa el fenómeno en el mundo hispánico, se interna en la explicación de cuánto pudo influir Martí en Pérez Bonalde (y su célebre «Poema del Niágara»), en Juan Ramón Jiménez y en Unamuno.

La aplicación del esquema de relaciones e influencias pudiera parecer un ejercicio anacrónico de crítica literaria. Sin embargo, el propósito de estas páginas se justifica si pensamos que todavía hace falta reivindicar, a estas alturas, a José Martí como uno de los nombres indispensables de la modernización literaria en castellano. Por eso, no es vano poner de relieve su anticipación de problemas compartidos con pilares de la poesía española: la figura del poeta como veedor privilegiado; la unión entre religión, libertad y poesía; la proposición de una poesía que anude lo ético con lo estético; la abdicación de reglas preestablecidas, etcétera.